

abstracto de humanidad y, a trueque del sacrificio de amistades y amores, contra todos los corrientes conceptos y prejuicios humanos, mientras abajo un ejército de hombres de la misma sangre y patria cae y desaparece entre las mallas de la cabellera medusa tejida de granadas y de bombas, guarece la integridad, la serenidad, el señorío de la conciencia, en la región solitaria de las costumbres, a la vera del inmutable candor de los enhiestos glaciales de Suiza. Pero, si no me atrevo a recomendaros una actitud que llegado el caso, yo quizás no asumiría, sí os aconsejo, y no me cansaré de aconsejar a todos, parciales y neutrales, el más humano olimpismo de Barbusse, ese otro escritor también francés que, aceptando el concepto ambiente de patria y el ambiente concepto de los deberes correlativos, cumple en silencio el deber del soldado, pero mientras maneja la bayoneta y el fusil, conserva íntegra su conciencia y no deshonor su pluma. Soldado y escritor, vive y describe la guerra, y mientras la vive y hace como francés, nos la pinta como artista, como pensador, como hombre, con rasgos desnudos y crueles de insuperable verdad, sin aspavientos de vulgar patriotía, hasta hacernos entrar en propia carne el dolor, no el de la carne francesa que es la suya, sino el sencillo y eterno dolor humano, y dejarnos ver en la guerra la sola humanidad, toda la humanidad palpitante bajo el fuego como un colgajo aún trémulo de vida, chorreando sangre y lágrimas como un sangriento Eccehomo. No conozco, en toda la literatura casi siempre nefasta de la guerra, un libro como «El Fuego,» de Barbusse, tan fuerte y humano. Es caso tal vez único, pues a juzgar de lo que sabemos con certeza, nada ha sido a esta guerra tan extraño como un claro sentimiento de humanidad y un verdadero sentimiento religioso. Porque nadie osará pretender que tales sentimientos estén representados con toda pureza en ninguna cruz roja reteñida con los colores de cada bandera beligerante. Sobre la lúgubre cerrazón de tristeza, de duelo y de sangre, ha faltado hasta aquella paloma hermana de la que bajara sobre los apóstoles, aquella sabia paloma de paz, enigmática y dulce, que fué la sonrisa de León XIII. Nos hallamos hoy de pronto, muy lejos del Evangelio, muy lejos de Jesús, muy lejos del alma cefálica de un Francisco de Asís.

¿Será nuestra civilización realmente cristiana? Ignoro si os habéis formulado esa pregunta; pero, viendo la verdad frente a frente, parece que ha dejado de serlo y que no debiera seguir usurpando ese nombre. Se trata quizás de un eclipse, o se está preparando, a venir a sorprendernos, una nueva

transformación del sentimiento religioso, como aquella que, según Fustel de Coulanges, constituyó la familia humana sobre otras bases y presidió al paso de la ciudad antigua a la sociedad moderna, cuando el padre de familia perdió su primitivo carácter sacerdotal y la religión dejó de ser disciplina del Estado, para convertirse en disciplina o, como dijo el Libertador, en ley de la conciencia. La hipótesis de un cambio en el sentimiento religioso, está sostenida en la esperanza de asentar sobre mejores bases la sociedad humana. A través de la guerra, en Alemania primero y después en casi todos los países beligerantes, ha venido acercándose al triunfo, si no triunfando ya definitivamente, una forma del socialismo. Y es posible que, mientras los causantes del conflicto y los nuevos maestros de democracia no saben a dónde la vorágine los lleva, del mismo exceso de horror de la presente guerra nos venga la salud, con la aurora de una nueva sociedad constituida de tal modo, que no esté en las manos de un hombre, ni de un bando de políticos, ni de un conciliábulo de diplomáticos sin escrúpulos, ni de una clase social poderosa, promover impunemente la repetición de la catástrofe.

Entre tanto, es tiempo ya de que volvamos de nuestra última salida quijotesca. Llevados del ardor de la batalla, en la generosidad irrazonable de nuestras simpatías, muchos de no-

sotros dejamos de ser venezolanos, colombianos, argentinos, brasileros, mexicanos, chilenos, de Hispanoamérica, en fin, para hacernos franceses, ingleses, estadounidenses, alemanes o rusos. Volvamos cada cual a nuestra patria pequeña y, después de trabajar por ella primero, preocupémonos y trabajemos en seguida por Hispanoamérica, la patria de todos, nuestra gran patria futura, sin que en uno ni otro caso dejemos de ser nunca españoles.

Prevenzámonos contra esos modernos maestros de democracia que, al aspirar a establecer sobre bases nuevas la sociedad de las naciones, destruyen la base misma de su obra ideal, cuando se arrojan el derecho de hablar a nombre de las naciones pequeñas, contra el viejo canon por el que a nación alguna le es dado renunciar ni delegar ese derecho sin perder su entidad y personería. Aplicado a las naciones, el concepto de pequeñez cae, como todo, bajo las leyes de la relatividad. No es la nación el territorio más o menos amplio, delimitado por fronteras, ni el mayor o menor número de habitantes, ni la mayor o menor capacidad económica, sino todo eso a la vez, amasado, fundido y animado por vínculos y espíritu de tradición y de raza, y por fuerzas de todo orden, intelectuales y morales, imposibles de someter a medida, peso y número. Paraguay, entre nosotros, pequeña en Hispanoamérica, dió a las más grandes naciones y a todas las edades una

COSTA RICA AGRICOLA



Fot. Alsina

Un almácigo de café en Orosi, provincia de Cartago. Finca de Pirie y Pacheco